

LA CARRETA

Por caminos y atajos, la carreta camina,
la carreta recruje, la carreta rechina;

al andar de los bueyes, tan enormes y lentos,
sin cesar fatigados, sin cesar soñolientos;

al gemir de sus tablas, por los malos caminos;
al girar de sus ruedas, en sus ejes cansinos.

Por atajos muy duros, la carreta rechina,
con su música tosca, de canción campesina;

con su música triste, que se queja, y que deja
por el aire una larga vibración de su queja.

Todo va, en la carreta, de su marcha cansado:
tan rendido el boyero como el lento ganado;

lacia y mustia la hierba que, en montañas, se hacina
sobre el fondo de tablas, que se rinde y rechina;

mustio y lacio el mozuelo que se tiende y enerva
recostado en las cimas de los montes de hierba.

Todo va sofocado por la ardiente mañana.
Todo va con pereza, con fatiga... sin gana...;

sin que nadie se queje de un andar tan rehacio;
sin que nadie se duela de vivir tan despacio.

¿Hacia dónde el boyero, con la vara que rige
los destinos de todos, la carreta dirige?

¿Es quizás que sus bueyes se adormilan y tardan
porque en parte ninguna la conocen ni aguardan?

¡Ah carreta de bueyes, bajo el sol..! Se dijera
que caminas tan poco porque nadie te espera.

... Así va, por el mundo, tan cansada, la vida,
cuando el ánimo pobre se rindió dolorida...

Así en horas muy tristes, con el agrio sonido,
con las notas dolientes de un profundo quejido,

hoy se arrastra mi verso de indolente poeta...
con la música triste de la pobre carreta.

Mas ¿qué importa? Mi verso con razón se retarda.
¡Ningún alma, que rime con la suya, le aguarda!

.
.

Por las cuestas del monte la carreta camina,
con su música tosca de canción campesina...

... Y allá va por el aire mi canción plañidera,
hacia un valle ignorado, donde nadie la espera...

MI CAMPO SANTO

Campo santó de aldea,
que las cruces plantaste
del Dolor en el cerro
más humilde del valle;
cementerio tranquilo,
donde paso las tardes
cuando sufro la angustia
de mis téttricos males,
respirando en la calma
de tu calma inefable;
cementerio de aldea,
tan abierto á los aires...
á los aires hermosos
de los buenos pinares,
dame paz en tu seno
cuando al cabo descanse,

cuando rinda á la tierra
mis despojos mortales...

—

Yo quisiera dormirme,
para no despertarme,
defendido del mundo
por tus cuatro tapias,
bajo un cielo piadoso
y á la sombra de un sauce,
y en un hoyo profundo
que mis hijos cavasen...

—

Que no en tí, como en ricas
y altaneras ciudades,
—en necrópolis vastas,
con los bronce y mármoles,
con el brillo del oro
y el reflejo del jaspe,—
pompas vanas publican
vanidosos pesares;
no la vida te cerca,
no los hombres te invaden;
no se ve tu reposo

profanado por nadie;
¡nada, en ti, del encanto
de la Muerte distrae!

—

Cuando al fin de mis penas
con mis penas me acabe,
dame paz en tu seno,
campo santo del valle;
cementerio de aldea,
con olor á pinares;
por humilde, tan bueno;
por pequeño, tan grande.
Que mi cuerpo, en tus brazos,
para siempre descanse...
bajo un cielo piadoso,
y á la sombra de un sauce,
y en un hoyo profundo
que sepulte y que abrace...
¡Que tu cruz, amorosa,
lo cobije y lo ampare!
¡Que lo guarden tus muros!..
¡¡Que mis hijos lo caven!!

LA SIERRA AL SOL

Bajo un sol que sus rayos más ardientes envía,
sobre un cielo que el brillo de sus luces inflama,
se recortan los montes del audaz Guadarrama,
se perfilan los picos del riscoso Fuenfría.

Se destacan, del fondo de un profundo sosiego,
con un alto, y robusto, y encendido relieve.
Como ayer se arroparon en sus capas de nieve,
hoy refulgen con recias armaduras de fuego.

Ciega el sol, y en los montes su reflejo deslumbra.
Las cigarras entonan sus monótonos cánticos
en el tibio refugio de la quieta penumbra.

Como en éxtasis yace, fascinada, la Tierra,
y ante el sol, que la excita con sus besos románticos,
se estremecen sus pechos...; ¡se estremece la sierra...!

POR EL CAMINO

*Al ilustre maestro compositor
D. EMILIO SERRANO
en prenda de firme amistad y en
testimonio de sincera gratitud.*

Por el camino pasa la vida
que va de paso, de centro en centro;
ya satisfecha, ya dolorida;
ya rozagante, ya desvalida.
Por el camino pasa la vida;
por el camino salgo á su encuentro.

Por el camino que va, ondulante,
pero en sus dudas siempre adelante,
sobre la sierra, de monte en monte;
hasta que al cabo desaparece,
se desdibuja, se desvanece
bajo la niebla del horizonte...

No lejos álzase la antigua Venta
del Santo Cristo,

que fué, en sus días
 más venturosos, casi opulenta...;
 Venta que ha visto
 las desventuras, las alegrías
 de muchas, varias, generaciones;
 las de la gente *que pasa el rato*
 después de largas expediciones,
 ó busca sueño y asilo grato
 contra fatigas y desazones,
 en el refugio y en el recato
 de las posadas y los mesones.
 Venta castiza; mudo testigo,
 fiel compañera,
 piadoso abrigo,
 de toda vida que persevera,
 como un culpado sobre un castigo,
 sobre un tormento: la carretera.
 ¡La carretera, sin otro encanto
 que el de sus gentes; llena de grava;
 con tanto bache, pedrusco y canto.
 ¡La carretera, que rinde tanto!
 ¡La carretera, que no se acaba!..
 Venta que supo la grande historia
 de grandes hechos, en siglos grandes
 para su ilustre, su hispana tierra;
 cuentos de gloria,
 cuya memoria

vive y anima, dura y aterra;
 cuentos de Italia, cuentos de Flandes,
 del Amazonas y de los Andes,
 cuentos de guerra...;
 de vencedores
 nunca vencidos;
 de Capitanes, siempre señores,
 en las batallas y en sus amores;
 de esclarecidos
 y prodigiosos conquistadores.
 Venta que supo las mil hazañas,
 los mil enredos, los mil desmanes,
 las mil patrañas,
 de *Lazarillos* y de *Guzmanes*,
 lepra... y encanto de las Españas.
 Venta que un día
 pintar supieron, con la maestría
 de sus pinceles, en los Anales
 de la española tunantería,
 tan pintorescos y originales,
 el gran Quevedo, más otros tales,
 de Musa fértil y apicarada;
 grande posada;
 mesón vetusto, que ya reposa
 de tanta vida, de tanto azar,
 á los alcances de la famosa,
 clásica villa de El Espinar...

Paraba entonces ante la Venta,
 siempre con bulla, siempre contenta,
 casi opulenta...
 paraba entonces, en el camino
 y ante la Venta, favorecida
 por sus bondades, el torbellino
 de aquella vida.
 Ya el cuadrillero; ya el peregrino
 con sus ensueños de amor divino;
 ya el vagabundo
 que divagaba por medio mundo;
 ya el caminante,
 pobre dos veces, por vergonzante,
 que hacia la corte se dirigía;
 ya el trajinante
 que de la corte se devolvía,
 para su pueblo, pobre y distante;
 ya el curandero,
 de tantas drogas abastecido,
 por todas partes el *bien-venido*,
 por todas partes el forastero;
 ya el grave coche,
 donde viajaban, horas tras horas,
 día tras día, noche tras noche,
 graves hidalgos, graves señoras;
 cuándo, los reyes de la milicia;
 cuándo, doncellas encantadoras,

bajo el cuidado de la codicia
 de torvas dueñas, encubridoras;
 cuándo, los amos de la justicia...;
 ya el carro torpe, con varias gentes:
 bien estudiantes, largos y pillos,
 enredadores y maldicientes;
 bien labradores, toscos, sencillos,
 de cortos bienes, de cortos vuelos;
 bien hidalgüelos,
 poco abrigados por los bolsillos;
 ó bien mozuelas, de las que andaban
 moviendo el mundo con torpes bailes,
 y que, á las veces, se tropezaban
 dentro del carro con sendos frailes...;
 ya, en fin, el carro más lastimero,
 más quejumbroso del mundo entero;
 que andaba siempre, de villa en villa,
 de Venta en Venta, toda Castilla,
 — como sus gentes, aventurero—;
 con sus galanes y con sus damas
 víctimas tristes de negra suerte
 por viles *pasos* y en nobles dramas:
 el de los cómicos; el de la *Muertel*

Tan grandes días quedaron lejos.
 Son de la historia.

Hoy sólo brillan vanos reflejos
de aquellos siglos, de aquella gloria.
La Venta, rica, fué declinando
de sus grandezas, y á menos vino;
feliz tan sólo, como el destino
de todo el Reino, de cuando en cuando...;
pero la vida siguió marchando
por el camino...

Hoy lo avasalla la vida andante
del nuevo siglo: sol en Levante;
vida de un tiempo que no concibe
la del pasado; que se desvive
por sus inventos, por sus reformas,
con nuevos fines, con nuevas formas,
con nuevos planes, con nuevos nombres,
con libre espíritu, de nada esclavo...
y que es la misma de siempre, al cabo,
porque la rigen los mismos hombres.

Por el camino, del paso lento
con que antes fuera, tan reposada,
ya se desprende... Va fascinada
por la locura del movimiento...

Tornan y pasan los caminantes,
tal como antaño; los pordioseros
incorregibles, nuevos tunantes,
hipocritones y plañideros;
los vendedores, con cuantas cosas
gasta la gente por esos mundos;
las mujerzuelas escandalosas;
los curanderos,
los errabundos
y lastimosos titiriteros;
y como entonces, años tras años,
en caminatas tras caminatas,
los trajinantes con sus reatas
y los pastores con sus rebaños...
Los carros siguen...—más les valiera
dar en el hoyo con sus vejees;—
siguen, rayando la carretera...
Siguen los coches, y aun van, á veces,
con una alegre marcha ligera;
mas ¿qué suponen? En el espacio
de breve tiempo, quedó vencida
toda su fama. Para la vida
del nuevo siglo van muy despacio.
Para el impulso que el siglo lleva,
por su destino providencial,
pide el impulso de marcha nueva:
¡la marcha loca del vendavall!

Apresuradas, jarreatadas,
bien anunciadas
por sus bocinas de roncós sonos,
ó por sus broncas trepidaciones,
pasan las máquinas altisonantes,
ultramodernas, archielegantes;
las execradas con tanto encono
por las envidias de tanta gente;
las que acreditan y dan *el tono*
de la elegancia, tan lindamente;
las que atropellan á los viandantes
que lo merecen... por ignorantes
asombradizos ó descuidados.
Pasan, á escape, las bicicletas,
las retumbantes motocicletas,
los automóviles encopetados.

Pasan y pasan, con largo estruendo,
entre la nube y el remolino
del blanco polvo; pasan, corriendo,
y á la aventura, por el camino,
se van ¡clamando!, se van huyendo...

Pasan á veces damas, gentiles
en sus Octubres ó en sus Abriles,

que van tocadas con largos tules
de lindos tonos, blancos y azules;
entusiasmadas con el encanto
del coche nuevo, que corre tanto.
Nobles galanes las acompañan,
ó las conducen, diestros, valientes.
En tales jiras, ¿quiénes se extrañan,
ni quién se asusta
de las revueltas ó las pendientes?
Más bien el susto, por serlo, gusta.
Y así van ellos, tan complacidos,
y así van ellas, con tal agrado,
sobre la máquina, que no reposa;
todos alegres, enloquecidos
por el impulso desenfrenado
de la carrera vertiginosa...

«Ved», nos parece que alguno dice,
como pensando que quien le mira
sin buenos ojos le contradice:
«Ved si es mentira.
Cuando pasamos, ved la carreta
que va subiendo..! ¡Parece quietal
Ved el contraste
que suscitamos... Con él os baste.
¡Ved cuál se asombran los vagabundos,
despojo rancio del mundo añejoj!

¡Ved, sobre el polvo del mundo viejo,
 pasar la fuerza que mueve mundos!»
 Alguien responde—yo no, de hijo:—
 «Quizás acierta, pues que nos dijo
 con tal aplomo tan buenas cosas;
 cuáles, exactas; cuáles, preciosas.
 Cese mi enojo, cese mi risa...
 mas si ignoramos... ¡hasta ignoramos
 adónde iremos!.. ¿adónde vamos
 con tanta prisa?»

De todas suertes, iguales sinos,
 rumbos iguales,
 siguen, á ciegas, cuantos mortales
 van desfilando por los caminos:
 los que marchaban á su manera,
 siempre despacio,
 y los que marchan á la carrera,
 los que devoran tiempo y espacio.
 Por leyes altas, siempre cumplidas
 alcanzan todos la misma suerte:
 por los caminos se van las vidas...
 y por la Vida se va á la Muerte.
 Vayan cual vayan con su destino,
 van á su ocaso.
 Estamos todos, en el camino
 como en la vida, sólo de paso...

LA VIEJA LETRILLA

I

Volvieron de Julio
 las rubias mañanas,
 en tiempo de espigas
 muy rubias, muy altas;
 volvieron de Julio
 las tardes románticas,
 las tardes de fuego
 y á fuego doradas;
 volvieron sus noches,
 á veces tan cálidas,
 y á veces tan tibias,
 tan dulces, que encantan.
 Despierto gozoso,
 gozando del alba;
 me place de noche
 gustar la velada;
 las tardes ardientes

me asfixian, me aplanan;
 mi vista se nubla,
 las fuerzas me faltan,
 y busco las sombras
discretas y gratas.
 El sol es tan vivo,
 tan fuerte, que abrasa;
 la siesta me arrulla
 y el sueño me llama.
 Mi huerto es muy rico,
 si es pobre mi casa,
 y en él siempre encuentro
 las sombras buscadas.
 Las brindan á gusto,
 con toldo de ramas,
 los verdes frutales,
 color de esmeralda,
 que limpian los vientos
 y el sol abrillanta.
 La tierra me ofrece
 mullida su cama
 con hierbas del campo
 que esencias regalan.
 En ella me tiendo,
 que es fuerte y es ancha;
 sopor delicioso
 mis fuerzas embarga,

y á un tiempo se aduermen
 el cuerpo y el alma,
 oyendo á los aires
 que soplan y cantan,
 y oyendo á la henchida
cacera que baja,
 cruzando mi huerto,
 rozando mi casa,
 al son de la vieja
 letrilla simpática:
*«al pasar del viento
 y al correr del agua.»*

II

¡Oh, vieja y amiga
 letrilla simpática!
 En estos mis cantos
 no quiero que, ingrata,
 desdeñe tus dulces
 cadencias el alma.
 Con ellas evoco
 la púdica gracia,
 las vueltas y giros
 de lindas palabras

de aquellas canciones
 que antaño dictara
 la Musa bucólica,
 tan buena y tan franca.
 No aquella que un tiempo
 sus aires tomara;
 vestida de sedas,
 prendida de gasas;
 no aquélla, tan boba;
 no aquélla, tan falsa...
 La Musa inocente
 nacida en las faldas
 de sierras abruptas,
 al beso del aura;
 crecida en los valles,
 feliz y á sus anchas;
 más libre que el viento,
 más pura que el agua,
 si el aire es del campo
 y el agua resbala,
 nacida entre peñas,
 de limpia fontana.
 ¡Oh, Musa bucólica,
 tan bella y tan plácida;
 que luces el cuerpo
 sin torpes jactancias;
 del aire del monte

curtida la cara;
 las trenzas del pelo
 con flores atadas;
 los ojos muy claros,
 la boca muy sana,
 y abierto el corpiño,
 de tela muy blanca,
 de modo que surja
 la fresca garganta.
 Pastora garrida;
 garrida zagala;
 bucólica Musa
 tan bella y tan plácida:
 permite que evoque
 tu encanto y tus gracias,
 al són de la vieja
 letrilla simpática;
*«al pasar del viento
 y al correr del agua.»*

III

El són de los aires
 que soplan y cantan,
 y el són de la henchida

cacera que baja
 cruzando mi huerto,
 rozando mi casa,
 parece que dicen,
 con són de palabras,
 aquéllas tus dulces
 ingénuas tonadas.
 Pacíficas églogas
 que antaño pintaran
 las ansias de amores,
 las tímidas ansias,
 de apuestos zagales
 y hermosas zagalas;
 con luz de los cielos
 y atmósferas claras;
 con fondo de alegres
 praderas lozanas;
 por ellas pasando,
 triscando las cabras,
 y en ellas paciendo
 rebaños de vacas.
 ¡Canciones del campo
 que el aire embalsaman,
 si dan sus aromas
 de intensa fragancia,
 cual flores silvestres
 de fértil montaña,

con voces gozosas
 me alegran el alma!
 ¡Canciones amigas
 me arrullan y halagan,
 con sonos lejanos
 de esquilas, mezcladas;
 mezcladas con sonos
 de coplas lejanas!
 Se van serenando
 mis penas amargas;
 mis ojos se cierran
 negando miradas;
 sopor delicioso
 mis fuerzas embarga;
 me arrulla la siesta
 y el sueño me llama,
 y á un tiempo se aduermen
 el cuerpo y el alma,
 al són de los aires
 que soplan y cantan
 y al són de la henchida
cacera que baja...;
 al són de la vieja
 letrilla simpática:
 «¡al pasar del viento
 y al correr del agual»